

MEDICINA INFANTIL: UNA REVISTA DE ALTO IMPACTO

Algunas de las preguntas que uno se hace cuando se encuentra sumido en la vorágine de la tarea asistencial, de los problemas familiares, del salario que no alcanza, son: ¿para qué complicarse con la realización de un trabajo de investigación? ¿para qué escribir un trabajo para publicar, si uno ya lo presentó como poster en un congreso? ¿a qué revista lo envió?

La primera pregunta puede originar una respuesta muy larga y compleja, pero vamos a optar por contestarla con una sola frase: “porque los trabajos de investigación nos ayudan a conocer mejor, por ejemplo, las patologías que enfrentamos diariamente: las limitaciones diagnósticas, los avances posibles, la frecuencia, las posibilidades terapéuticas, etc. y muchas veces puede inducirnos a ordenarnos en la sistemática de trabajo.

La segunda se puede responder en forma sencilla: porque escribir un trabajo para publicar implica realizar una revisión exhaustiva de la bibliografía, revisar nuevamente los resultados, verificar su significación estadística, discutirlos y compararlos con resultados de otros autores. Además, se reciben recomendaciones de los árbitros que no sólo enriquecen la presentación, sino también la formación profesional de los autores.

La tercera pregunta tiene varias respuestas que tienen que ver con los diferentes intereses de los autores, las exigencias de ciertas instituciones y algunas pautas que se adoptan ligeramente, sin analizarlas, sin medir sus fines y sus consecuencias.

a) Hay autores que necesitan publicar porque se lo exige su carrera de investigador, otros porque los trabajos engrosan su curriculum vitae, otros porque publicar aumenta su prestigio y

otros porque con ello creen que trascienden, que dejan un legado. Si nos remontamos al siglo XIX veremos que los investigadores publicaban poco y lo hacían cuando ya tenían contestada completamente una gran pregunta. Eso les facilitaba las cosas pues escondían sus resultados parciales a sus competidores y lograban fama y éxito no compartidos con el “enemigo”. Alguien dijo (y quizás sea cierto) que quienes fijaban políticas científicas en aquellos tiempos, advertidos de esta maniobra, se dieron cuenta que si alentaban las publicaciones parciales, los resultados iban a llegar en menor tiempo a beneficiar al mundo. Es así que se comenzó a premiar a los investigadores en base al número de trabajos publicados. Siguiendo con esa línea, que en cierto modo dio un impulso importante a la ciencia, podemos decir que uno principalmente debería tener motivos altruistas para publicar: compartir hallazgos, facilitar las cosas a otros para que no se tropiecen con la misma piedra, difundir para que otros usen lo que nosotros descubrimos. Un ejemplo claro de este espíritu lo dio el Dr Christian Gram (médico patólogo que inventó la coloración que lleva su nombre). Él era un patólogo que tenía como objetivo diferenciar a los microorganismos del tejido circundante en cortes histológicos. Advirtió que su método (la coloración de Gram) fallaba en algunos casos, por ejemplo en la fiebre tifoidea, donde hoy sabemos que su agente etiológico, la *Salmonella Typhi* se colorea igual que los tejidos por ser un bacilo gram-negativo. Con modestia, este investigador terminó sus conclusiones diciendo “tal vez en otras manos esta

coloración podría ser de utilidad” y efectivamente, el defecto que veía Gram en su método fue la gran virtud que lo ha hecho indispensable en todas las regiones del planeta.

- b) Hay instituciones que valoran las publicaciones según si fueron realizadas en revistas extranjeras o en revistas de alto impacto, que más o menos es lo mismo. Esto tiene que ver con una referencia que hace unos años hizo Mario Bunge en Página 12 acerca de un investigador hindú, que en su tarjeta personal había puesto “Failed PHD, Harvard University”. En este sentido, vemos que el hindú apostaba a que había gente que podía llegar a valorar más a alguien que había fallado en Harvard que a otro que pudiera haber sido exitoso en alguna universidad de la India o, extrapolándolo a nuestro medio, en la UBA o en otra universidad argentina.

El impacto de una revista se mide en base a la cantidad de veces que sus artículos son citados por artículos publicados en otras revistas. Obviamente, como el inglés es el primero o el segundo idioma en la mayoría de los países del mundo, las revistas que publican en inglés son las de mayor impacto. Contradiendo ese criterio podemos decir que un artículo muy citado no necesariamente va a ser genial o va a cambiar la historia de la ciencia. Si fuera así, cualquier descripción de alguna técnica podría merecer el Premio Nobel y ya lo tendrían la Food and Drug Administration o el Clinical and Laboratory Standards Institute.

Este es un sistema caprichoso de medición de la calidad de la revista y de sus artículos, destinado a mantener la hegemonía del inglés ante el avance inexorable de otras lenguas habladas por millones de personas. Lamentablemente no hay otras formas prácticas de poder efectuar una medición de la calidad de las publicaciones.

Las revistas de menor impacto pueden tener resultados de gran interés y de muy buena ela-

boración. Por el contrario, sabemos que las revistas de alto impacto también pueden publicar trabajos con resultados erróneos. Por ejemplo hace dos años se encontraron en una de ellas dos artículos que presentaban resultados incompatibles con la física y en un curso de diseño de trabajos científicos organizado por la American Thoracic Society, los ejemplos para mostrar los distintos tipos de sesgos y errores metodológicos provenían del New England Journal of Medicine.

Obviamente, una revista de mayor difusión cumple mejor con su cometido docente y divulgador de la ciencia. No obstante, si nos guiamos por el número de impacto, podemos cometer el error de querer difundir un trabajo destinado a los oftalmólogos publicándolo en la revista Nature porque tiene mayor impacto que Eye. Es posible que lo lea mucha más gente, pero muchos menos oftalmólogos. Por eso decimos que Medicina Infantil es una revista de alto impacto, porque llega a quien se propone llegar: al pediatra argentino. Por eso está escrita en castellano, para que el que escriba lo haga con mayor facilidad y para que el que lo lea pueda hacerlo a mayor velocidad.

¿Por qué entonces nos empeñamos en indexarla?

La revista ya está indexada en LILACS y de esta manera podemos llegar a más pediatras de habla castellana. Estamos trabajando además para que próximamente los trabajos de Medicina Infantil puedan estar disponibles en otros buscadores de publicaciones científicas (p. ej. Pub Med). Con esto intentamos que nuestros resúmenes puedan ser leídos por muchas más personas de todo el mundo y que nuestros autores sean más reconocidos por aquellas entidades oficiales que no menosprecian trabajos en castellano o publicados en revistas con bajo número de impacto y todo esto sin renunciar a nuestros principios.

*Dr. Horacio Lopardo
Comité Editorial*